

CUESTIÓN DE ACERTAR

por

CAMILO JOSE CELA

Sobre el viejo caserío los inviernos se descuelgan como las cuentas de un rosario roto. Los ímpetus más violentos se han amansado del roce con los años que van pasando, y las voluntades, aún férreas no hace tanto tiempo, se han ido reblandeciendo sobre el húmedo reclinatorio de las indiferencias.

Es la montaña, ¿qué importa cuál?, el monte que se traga los espíritus templados, las vocaciones que parecían irrefrenables, las fuerzas más hercúleas.

En la montaña, como un milenarío patriarca, entre burlón y consentidor, don Claudio ha ido envejecien-

do poco a poco, sin que nadie, ni él mismo, se diese cuenta de que envejecía, sin que nadie se fuese ocupando, día a día, de contar los surcos que casi a punta de navaja fueron quedando grabados en su frente.

Conversando, por los senderos y las escarpaduras, con su yegua *Generosa*, a don Claudio le sorprendieron los albores de cada estación que pasaba, siempre un poco más triste, siempre un poco más resignado, un poco más escéptico, más consentidor. Rodando por el cantil de lo irremediable, don Claudio, ya sin una sola seca raíz a la que asirse, se entretenía en simu-

lar, como para tranquilizar su conciencia, que aún le preocupaba lo que ya no podía preocuparle. Después de todo, a los nobles espíritus puede bastarles el no confesarse jamás despreocupados.

Un día... Era el pleno invierno. El campo simulaba una decoración. Las altas, inaccesibles cimas aparecían nevadas, y sobre el valle, rodando por las laderas, se rompían en un agua violenta, arrolladora, todas las nubes del cielo. Hacía un frío que calaba los huesos. Don Claudio, aquel día...

Si. Don Claudio volvió a su casa ya anochecido. Dejó la yegua en el portal y subió las escaleras, quitándose el tabardo y la chaqueta. Venía empapado de agua, calado hasta los huesos.

Doña Rosita le salió al encuentro.

—Claudio, hijo, créi que no llegabas.

Doña Rosita era la mujer de don Claudio, vieja como él, como él limpia de corazón, sencilla de ademanes, avara de su difícil, de su duramente ganada paz. Don Claudio se sentó en la butaca, al lado del fuego, y empezó a hablar.

Lo que dijo, poco más o menos, fué lo que a continuación transcribimos.

—Luego volveré; no he llevado la *Generosa* a la cuadra. El pobre no pasa de esta noche. Su mujer es igual que un caballo, no discurre. ¡Mira que se lo dije! «Juana, así no vamos a ningún lado; o Julián toma la medicina, o Julián se muere, ¡tú verás!» Pues nada, se conoce que no le dió la gana. «Juana, ¿le has dado la medicina a Julián?» «Sí.» «Julián, ¿has tomado la medicina?» «No, se han debido olvidar.» ¡Después quieren que las cosas se arreglen! ¡Si no fuera que todas las enfermedades, menos la última, se curan solas! Oye, Rosa, hija, dame un trago de ginebra con agua caliente. ¡Al final acabaré cogiendo una pulmonía! ¡Ocupate de esta partida de mentecatos, recétales lo que sea, exponte a que no te hagan ni caso...! Y después, cuando ya no los puede salvar ni la paz ni la caridad, aguanta que anden por ahí diciendo como cotorras: «¡Si don Claudio le hubiera acertado a tiempo!» Toda esta gente piensa que esto es como la lotería, cuestión de acertar. «Este año acerté con la aproximación del «gordo». Este año acerté también dos difterías, un tífus, dos palúdicas y tres pleuresías. ¡Este año ha sido un año muy bueno, un año de mucha suerte!» ¡Serán bobos! «Hola Joaquín, ¿cómo va tu señora?» «Muy bien, don Claudio, ya va a lavar.» No revientan de verdadero milagro. Paren como conejas y trabajan como bueyes. A veces, unas puerperales, y a la fosa. Piensan que estaba de Dios, y se quedan tan tranquilos. ¡Así da gusto! Yo estoy ya bastante harto de todo esto. ¡Anda que si volviera a empezar!... Entonces Joaquín fué y me dijo: «Oiga, don Claudio, que el niño parece que no anda bien; lleva ya varios días con mucha calor; para mí que deben ser las diarreas.» «Mira, Joaquín, ya te lo tengo dicho, tú no pienses; tú, cuando te pase algo, llámame y estáte quieto.» «Sí, señor, sí, ya lo haré.» Pues nada, que si quieres. «Yo pienso que son las diarreas; lo mejor será ver a ver si se le pasan.» ¡Claro, claro, sin duda alguna, es la mejor solución! Lo malo es que tampoco se están quietos, como Dios manda, se ponen a discurrir por su cuenta, y después la pringan. ¡Ca-

ramba, parece que don Claudio no le acertó! A veces, da risa.

Doña Rosita vino a interrumpirle, le traía la ginebra con agua caliente. Don Claudio se calló. Don Claudio hablaba solo con frecuencia, hablaba a media voz durante tiempo y tiempo. A veces se enfurecía, se ponía rabioso. Entonces gritaba como un condenado.

Doña Rosita puso el vaso y la botella sobre la mesa de camilla.

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie; no estaba hablando. Dile a ésa que le dé agua a la yegua.

«Esa» era la criada.

—Voy a salir. El pobre no pasa de esta noche.

—¿El Julián?

—Sí; a su mujer no le dió la gana de darle la medicina. Su mujer es igual que un caballo, es peor que un caballo; ni discurre, ni tiene sentimiento ni nada. Además, anda cada día más sucia. Yo ya se lo dije: «Juana, un día te van a comer los microbios.» Ella se echó a reír. A lo mejor, es más dura que los microbios; no me extrañaría nada. Pero el pobre Julián, ¡ya ves! Se defendió como pudo, pero al final se lo van a tener que decir en misas.

Doña Rosita salió de la habitación. Al poco rato estaba otra vez al lado del marido.

—Ya le han dado el agua a la *Generosa*.

—Bien.

Sobre el viejo matrimonio pasaron unos instantes de silencio. Doña Rosita sacó una baraja del aparador y se puso a hacer solitarios.

—Es el solitario nuevo que me enseñaron las del registrador. ¿Quieres que te lo enseñe?

—Después. ¿Es divertido?

—Sí, muy divertido. Lo malo es que no sale casi nunca; es muy difícil.

Sobre el portón sonaron tres golpes.

—¡Abre, Luisita!

—Voy, señora.

Luisita bajó las escaleras y abrió.

—Que venga don Claudio, que el señor Julián se va...

Don Claudio oyó el aviso y se levantó. En el portal se encontró con un niño de la vecindad, medio tonto, que tenía el pelo rojo y que andaba siempre haciendo recados de un lado para otro.

Don Claudio levantó la voz.

—Oye, Rosita, que luego vuelvo, adiós.

Del piso de arriba llegó la voz de doña Rosita.

—Adiós, espera que baje.

Cuando don Claudio volvió para su casa, al cabo del tiempo, después de certificar la muerte de Julián, venía hablando bajo, como consigo mismo. Lo que decía no se podía entender. Los del pueblo decían que don Claudio hablaba a veces con la yegua.

Su mujer le preguntó:

—¿Ha muerto?

—No; lo deja para mañana por la mañana.

Doña Rosita era muy miedosa.

—¿Les has dejado algo?

—Sí, le he metido tres pesetas debajo de la almohada; no llevaba nada más encima...